

VINCENZO DI PIETRO

**EL NÚMERO
DE DIOS**

**algaida
INTER**

Título original: *Il numero di Dio*

Primera edición: 2015

© 2013 Leone Editore

All rights reserved.

Published with the arrangement of Loredana Rotundo Literary Agency- Milan

© Algaida Editores, 2015

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: REGA

ISBN: 978-84-9067-327-0

Depósito legal: SE. 1019-2015

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo. EL SECRETO

Uno	15
Dos.....	25
Tres	56

Primera parte. LA LLAMADA DE LOS CUATRO

Uno	65
Dos.....	86
Tres	106
Cuatro.....	130
Cinco	141
Seis.....	154
Siete	177
Ocho.....	197

Segunda parte. LA NAVAJA DE OCCAM

Uno	207
Dos.....	218
Tres	227
Cuatro.....	238
Cinco	244

Tercera parte. EL ENIGMA

Uno	281
-----------	-----

Dos.....	290
Tres	302
Cuatro.....	308
Cinco	319
Seis.....	330
Siete	336
Ocho.....	339
Nueve	347
Epílogo. AJUSTE DE CUENTAS	
Libros	357
El secreto	373
Respuestas	376
Los cuatro rincones del mundo.....	385
África.....	386
Nota.....	389

*A Loredana,
este oscuro cofre de prodigios.
Con amor.*

V.

El reino de Dios está en vosotros.

Evangelio de Lucas, 17, 21

Los primeros trece números
de la secuencia de Fibonacci

0
1
1
2
3
5
8
13
21
34
55
89
144

Prólogo

EL SECRETO

Hecho n° 1: Se cuenta que san Jorge, tras convertirse en tribuno del ejército del emperador de Persia o, según otras versiones, de Diocleciano, obraba milagros y resucitaba a los muertos. Una leyenda, en especial, le atribuye la salvación de la princesa de Silene, que estaba destinada a ser despedazada por un dragón.

UNO

Año 300 después de Cristo

Libia, ciudad de Silene

ATARON EL CABALLO NEGRO A UN PALO CON UNA GRUESA cuerda, y Jorge quedó bajo custodia de la guarnición real.

Observó las altas torres de piedra, mientras el viento, gélido, le revolvía su larga melena blanca.

La bandera con la esfinge real se agitaba, orgullosa, en la cima del torreón más alto, cuya única ventana estaba cubierta por una reja imponente de metal oxidado.

Unas bandadas de cuervos revoloteaban a la espera de la lluvia inminente, listos para guarecerse en las aspilleras del muro.

Sus graznidos irritaban a los soldados, que habían llegado al puente levadizo para escoltar al joven forastero a una muerte segura.

Uno de los dos milites lo escrutó, desdeñoso.

—No temas, antes de que empiece a llover estarás ya en el fondo del lago... —dijo, y su compañero se rio aferrando a Jorge por un brazo y empujándolo hacia la entrada del castillo.

Jorge, un miliciano de las tropas del emperador Diocleciano, que había llegado a esa pequeña ciudad olvidada de Dios, se desasíó del soldado y lo miró fijamente. Éste se quedó helado por la severidad que emanaban los ojos azules del prisionero y dejó caer el brazo sobre el costado.

—Síguenos, sin rechistar... —dijo el otro soldado.

Jorge asintió con la cabeza, mirando de nuevo hacia arriba.

El cielo era un grumo de catarro negro.

Echaron a andar.

Unas nubes pegajosas se arremolinaban sobre sus cabezas, hinchándose como unos enormes monstruos voladores. Los árboles eran sacudidos por el viento, y la arena, lanzada al aire, rascaba las piedras del muro del castillo, mordiéndolo y murmurando.

Las botas del miliciano hicieron crujir la madera del puente levadizo mientras el patio del castillo se abría ante sus ojos.

Caminaron en silencio cerca de los almacenes donde se guardaban las provisiones, y los siervos encargados de cuidar los víveres bajaron la mirada a su paso haciéndose la señal de la cruz en la frente y el pecho, susurrando plegarias y conjuros. «Réquiem», pensó Jorge, a la vez que un intenso sabor a sangre le llenaba la boca... Ninguno de los cortesanos alzaba la cabeza. Era como asistir al paso de un féretro.

Luego, entre la multitud silenciosa, la cara de una mujer...

Sujetaba un haz de leña entre los brazos, y el viento agitaba su túnica gris y sucia de tierra. El vestido se le pegaba al cuerpo y se volvía a hinchar.

Jorge reconoció la enfermedad en las arrugas violáceas que surcaban la carne blanca de sus mejillas hundidas.

Antes de que la capucha de lana blanca cosida a los hombros cayese sobre el óvalo de su cara, entrevió sus ojos.

Unos ojos sin pupilas.

El viento empujó de repente la capucha hacia detrás, y la mujer alzó la cabeza y miró al extranjero.

Lo miró y una mueca horrible, una guadaña mortal se dibujó en su cara.

Una sonrisa desmesurada que se abría como una caverna oscura...

Jorge no apartó la mirada. Se concentró en la máscara espectral y reconoció el origen del contagio.

La mujer ensanchó la sonrisa, abriendo la boca más allá del límite de sus articulaciones, y dejó caer al suelo el haz de leña. Se llevó las manos a la cara y empezó a excavar en la piel con sus uñas largas y negras...

Alrededor de ella nadie pareció notar el monstruoso espectáculo. Los demás cortesanos seguían mirando al suelo y repitiendo invocaciones y oraciones.

De la carne de la mujer caía un líquido negro y un pus amarillo, y su muda risotada parecía vibrar, ensordecedora, en el aire.

Jorge no desvió la mirada de los ojos de la mujer, de los huevos podridos, sin pupilas, y penetró en su mente, a fondo, cada vez más a fondo...

Y vio el mal. Vio la parte más pequeña de la degradación biológica que había infectado toda la región. La vio e introdujo con fuerza una orden en la cabeza de la mujer.

La espiral enmarañada que se nutría de la carne se rebeló, se retorció como una serpiente ensartada por la punta de una espada...

Jorge fue embestido por una secuencia de números que se descomponía y volvía a componerse formando unas espirales concéntricas; aferró las cifras, las ordenó, las mordió, las apretó...

La mujer cayó de rodillas y los que estaban a su lado se apartaron horrorizados.

Indiferentes al espectáculo, los milicianos empujaron por un costado al peregrino, obligándolo a acelerar el paso.

Jorge se apartó de la visión rechinando por última vez los dientes y echó a andar al lado de los soldados, dejando atrás la escena.

A su espalda la mujer, tras emitir un gemido ronco y golpear la tierra con las manos, se irguió de nuevo.

Recogió el haz de leña que yacía en el suelo y se quitó la capucha.

Su piel estaba intacta.

El iris había reaparecido en los bulbos oculares.

Ya no se reía.

Desorientada, miró alrededor y luego se apresuró a guarecerse en un sótano.

Llegaron al pasillo que había enfrente y empezaron a subir una rampa de escalones de piedra bastante empinada, sumida en la penumbra.

De cuando en cuando, en las paredes goteantes y oscuras que se iban estrechando a medida que subían, aparecían colgadas lámparas de aceite, pero muchas de ellas estaban apagadas.

—¿Cómo quieres que te matemos? —preguntó uno de los dos soldados mientras se dirigían a la sala del rey—. ¿Preferes que te cortemos la cabeza antes de echarte al agua, o que te ahoguemos en el lago?

Jorge no se detuvo ni dio la impresión de haber tomado en consideración la propuesta.

Poco después, una luz amarillenta iluminó el último tramo de peldaños y, por fin, los tres llegaron al piso elevado donde se encontraba el rey.

—¿Dónde está la moribunda? —preguntó Jorge a sus dos acompañantes, mientras éstos recuperaban el aliento antes de enfilarse al pasillo que daba a las habitaciones.

Lo detuvieron de nuevo, pero esta vez lo hicieron con mayor cautela.

—¡La princesa! ¡No te permitas palabras insolentes! Puede que sea el mismo rey el que te mate...

Jorge asintió con la cabeza.

—Quizá os mate a vosotros si no nos apresuramos. La peste no esperará a que dejes de lamentarte como un estúpido para comérsela viva... —dijo, imperturbable.

Al oír sus palabras los dos soldados echaron a andar con renovado vigor.

Un cuervo, que estaba posado en una de las aspilleras de la torre, graznó y al oírlo los siervos que estaban en el patio se arrodillaron.

También los soldados se pusieron de rodillas delante de su rey, que parecía escrutar el vacío, o las armaduras del salón.

Jorge permaneció de pie, mirando alrededor.

Uno de los dos soldados, enfurecido, se levantó de un salto y empujó al miliciano tratando en vano de obligarlo a inclinarse. Impotente, desenvainó la espada, pero el grito del rey lo detuvo.

—¡Déjalo!

El soberano de Silene, que tenía la cara hundida y el cuerpo ya ajado, se levantó y caminó por la pasarela roja que protegía los mármoles de la sala de las pisadas.

Los soldados recularon, dejando que el soberano se acercase con extremada lentitud al huésped procedente de las tierras orientales.

El rey lucía una capa de color púrpura y un corpiño de cuero adornado con tachuelas de oro y gemas, pese a que era poca la carne que éste debía proteger. Él también estaba enfermo, la suya era una enfermedad más traidora y lenta que la que estaba descarnando viva a su hija.

Roja la alfombra, roja la capa. «La rabia y la locura...», pensó Jorge.

Los ojos del anciano soberano eran del color de la miel podrida, y su boca temblaba, a la vez que unos hilos de saliva verdosa le caían de los labios, secos y oscuros. Los cuatro pelos que le quedaban, encanecidos, parecían estar pegados a su cabeza morena como si fueran motas de polvo, y las manos, entrelazadas, no lograban calmar el temblor que las agitaba.

El rey caminó a duras penas, apoyando el peso de su cuerpo en un pesado bastón y cuando llegó a pocos metros de Jorge trató de sonreírle, pero lo único que logró hacer fue la mueca de un animal enloquecido.

—Bienvenido, peregrino —dijo con voz trémula.

—Majestad... —respondió cortésmente Jorge sin hacer, sin embargo, ninguna muestra de reverencia ni arrodillarse.

—Me alegro de que hayas aceptado mi invitación.

—A decir verdad, tu invitación implica mi muerte —dijo el miliciano sin perder la compostura.

—Esos son sólo detalles que habrá que verificar... Pero, te lo ruego, sentémonos, creo que no podré resistir mucho más de pie.

Los dos soldados recibieron la orden de salir, y Jorge tomó asiento al lado del rey de Silene en un banco de madera de ébano que estaba junto al trono.

La poca luz que iluminaba ese día espectral se filtraba en la habitación a través de las decenas de aspilleras que se abrían a lo largo del muro perimetral.

Jorge notó que no había ventanas.

—Peregrino... Ya conoces mi promesa... —dijo el rey, y luego se puso a toser de tal forma que parecía que iba a ahogarse, tapándose la boca con la mano.

Cuando el ataque de tos cesó Jorge notó que sus dedos estaban manchados de sangre.

El soberano no dio importancia al hecho y se enjugó los labios con el dorso de la mano.

—La conozco.

—Entonces sabes que sólo un loco puede querer intentar la misión que te propones realizar...

—Tú también estás loco, majestad. Y yo no te repruebo por eso.

El rey lo miró fijamente.

La garganta del soberano se hinchó desmesuradamente y resonó, como si en su interior hubiera encerrado un perro feroz. Buscó en los ojos de Jorge un punto para penetrar en su alma, algo que lo ayudase a comprender qué era lo que buscaba realmente ese hombre.

—Mi locura está en la enfermedad que me corroe, pero tú... Tú eres *joven*. Una leyenda que está en boca de todos los hombres valientes de las tierras orientales, de Constantinopla a los confines extremos del imperio. Así que dime, ¿por qué quieres morir a manos de un rey viejo y loco?

Jorge desvió la mirada hacia un antiguo tapiz que destacaba en la pared izquierda del salón. Observó la representación de una escena de caza en la que un antílope era devorado por un león. «Sangre», pensó.

En el palacio del rey de Silene todo estaba consagrado a la muerte y el sufrimiento.

—No tengo la menor intención de permitir que me maten, majestad... —dijo el miliciano.

El rey frunció el ceño.

—Pero ¡ya sabes que todos los que han intentado curarla han fracasado!

—Lo sé, igual que sé tu nombre —contestó su interlocutor.

Durante días y días había oído hablar del rey de Silene, que mataba a todos los que no lograban salvar a su hija de la enfermedad.

Al igual que había oído las historias que aseguraban que el rey estaba dispuesto a donar todas las riquezas de la ciudad a quien saliese vencedor de la desesperada empresa.

Los que fracasaban eran arrojados a las aguas fangosas del lago próximo al castillo, donde eran devorados por las criaturas infernales que vivían en él.

—¡Y también sabes que después de cada fracaso mi cólera es implacable!

Jorge asintió lentamente con la cabeza.

—Tu cólera no tiene nada que ver con el fracaso. Eres un monstruo con apariencia humana, majestad, pese a que ya te queda poco.

Jorge habló elevando la voz, de forma que su interlocutor comprendiese bien el sentido de cada una de sus palabras.

El rey sacudió la cabeza y por un instante pareció que iba a gritar algo. En cambio, se limitó a decir a su huésped:

—No quiero matarte, Jorge, miliciano y guardia personal de Diocleciano. Jorge, a quien su emperador tanto estima...

El otro apoyó una mano en la del rey viejo y enfermo.

—No me matarás, porque yo curaré a tu hija.

El rey se quedó asombrado por la respuesta. Ningún fármaco, ningún médico, ni siquiera un brujo africano había podido detener la peste que estaba consumiendo a la princesa.

—¿Quién eres realmente, Jorge de Capadocia? —El soberano se acercó a la cara del joven, que no parpadeó.

—No me conoces, majestad. No puedes conocerme.

El rey se apartó. Volvió la cabeza a la derecha y una lengua de baba verde y pegajosa cayó al suelo.

—He oído contar cosas fantásticas sobre ti. Dicen que has resucitado a más de cuatrocientos muertos. Puedo mandar emisarios a Capadocia y enterarme hasta de lo que comiste de niño...

—Tu fe no es firme y tus emisarios son sapos de ciénaga.

El rey se levantó de un salto y abrió los brazos, airado.

—¡Te comparas con un espíritu celeste! ¡Ofendes a tu Dios y a tu emperador! —gritó. Sus palabras retumbaron en la sala—. ¡Podría colgarte de un árbol sólo por eso y conseguir el perdón del imperio!

Jorge esbozó una sonrisa.

—He visto formarse la cúpula celeste y encenderse las estrellas... He visto la tierra de África componerse como creta...

El soberano abrió la boca y se dejó caer en su asiento.

—Has venido a burlarte de un viejo moribundo... De forma que ni siquiera puedes ser un demonio. Los demonios me temen, saben que puedo ser más cruel que ellos. Tu final es cierto —suspiró. Unas profundas ojeras negras le excavaban la piel.

—Llévame al lado de ella y calla. Ya has hablado demasiado, pobre chiflado. La enfermedad que la devora es como un dragón con el hocico humeante. Mataré al dragón, majestad, tú me darás lo que busco y todo esto se convertirá en leyenda —dijo por último el miliciano.

—De acuerdo —concluyó el soberano—. Te llevaré ante mi hija, y tú recitarás tu parte. Inmediatamente después te despedazaré vivo y esparciré tus miembros por el camino que te ha traído hasta aquí. Escribiré una carta a tu emperador comuni-

cándole que lo he liberado de otro rebelde que se declaraba redentor. Le ahorraré una nueva crucifixión y tu estúpida e inevitable santificación. A buen seguro estos... cristianos, no tardarían en aclamarla.

Jorge asintió con la cabeza.

—Olvídate de quien no conoces y llévame junto a tu hija.

Uno al lado del otro, subieron a la torre más alta del castillo donde, devorada por la enfermedad, una mujer gritaba rabiosa con más fuerza que el viento.